



De la Carta a la Orden:
«No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte»¹

Fray Timothy Radcliffe, O.P.

Una vida contemplativa

Los monasterios no son la rama contemplativa de la Orden. No podemos dejar la contemplación para las monjas. Todos nosotros estamos llamados a ser contemplativos, y la renovación de la vida contemplativa es uno de los desafíos más grandes a los que se enfrenta la Orden. Estoy dudando en dar una definición de “contemplación”, pero ¡seamos audaces! Por contemplación entiendo nuestra búsqueda de Dios, que lleva a nuestro encuentro con el Dios que viene a nuestro encuentro. Buscamos a Dios en el silencio y en la oración, en el estudio y en el debate, en la soledad y en el amor. Con todas las facultades del corazón y de la mente, buscamos las huellas de Dios. Pero Dios nos encuentra cuando menos lo esperamos. María Magdalena, la primera Patrona de la Orden, es una verdadera contemplativa, tanto cuando busca el cuerpo de Jesús como cuando se sorprende al oír su nombre pronunciado por el Señor Resucitado. Nuestra oración brota de este deseo profundo. Como dijo Catalina, “El deseo mismo es ya oración”.

Fr. Vicente de Couesnongle habló de «la contemplación de la calle». La Palabra se ha hecho carne y habita entre nosotros, en los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas (Mt 25), en nuestras familias, en los lugares de trabajo, en nuestros amigos y en nuestros enemigos, en las horas de gozo y de desolación. La Palabra está ahí, sólo basta que abramos los ojos para verla. Eric Borgman, un laico dominico holandés, escribió: «Los dominicos están convencidos de que el mundo en que vivimos, turbulento e inquieto, a veces violento y aterrador, es al mismo tiempo el lugar donde lo sagrado sale a la luz, el lugar donde encontramos y escuchamos, “contemplamos” a Dios». De ahí que todo dominico está llamado a la contemplación, ya sean laicos, religiosas, frailes o monjas. Nuestra más grande contemplativa, Santa Catalina de Siena, fue una laica.

Predicar es un acto contemplativo. Don Georgen escribió: «En la predicación el buscador y lo buscado se juntan, lo perdido y lo encontrado. Dios nos encuentra en medio de nuestras mismas palabras que intentan hacerle evidente. Dios nunca nos abandona». Predicar no es simplemente abrir la boca y hablar. Comienza con la escucha silenciosa del evangelio, la lucha por comprender, la oración para la iluminación, y concluye con las reacciones de los oyentes. Cuando yo era fraile joven, recuerdo la visita de un obispo, del que se esperaba que predicase, que dijo a uno de los frailes un minuto antes de la Misa: «Si eres buen dominico, deberías ser capaz de predicar ahora mismo sin preparación». El fraile respondió: «Precisamente porque soy dominico, no creo que predicar sea simplemente decir lo primero que me venga a la cabeza».

Si todos los dominicos están llamados a ser contemplativos, ¿cuál es entonces lo específico de vuestra vida? Vuestra vida está enteramente configurada por la búsqueda de Dios. La vocación de la monja «es un llamada para todo el pueblo cristiano a la fundamental vocación de cada uno al encuentro con Dios» (*Verbi Sponsa* 4). Como escribió Fr. Marie-Dominique Chenu, «la vida mística no es fundamentalmente distinta de la vida cristiana». Vosotras no escapáis de los dramas y las crisis de la vida humana ordinaria. Los vivís más lisa e intensamente, conociendo el gozo y desesperanza de toda vida humana, sin la protección de muchas de las cosas que dan sentido a la mayoría de las vidas humanas: el matrimonio, los hijos, una carrera. El monasterio es el lugar donde no hay ningún sitio para esconderse del interrogante fundamental de cualquier vida humana. Una monja escribió: «Yo entré en el monasterio no para huir del mundo, ni para olvidar o ignorar su existencia, sino para estar presente en él de un modo más profundo, para vivir en el corazón del mundo, de una forma escondida, pero creo que más real. Llegué aquí no buscando una vida tranquila o seguridad, sino para compartir, para embarcarme con el sufrimiento, el dolor, las esperanzas de toda la humanidad».

Vuestras vidas tienen sentido sólo si la búsqueda de Dios conduce al encuentro en el jardín y a la escucha del propio nombre. Vuestra vida no tiene ningún objetivo intermedio que conseguir a lo largo de los días y los años. El monasterio es como la cola en la parada del autobús, un signo de esperanza de que vendrá el autobús. Esta es la verdad de todos los que viven la vida monástica de clausura. En una conferencia al Congreso de

Abades Benedictinos, sostenía que Dios a menudo se nos muestra en la ausencia, en el hueco: el espacio vacío entre las alas del querubín en el Templo, y en última instancia en la tumba vacía en el jardín. La vida de una monja y de un monje está santificada por el vacío. Vuestras vidas están vacías de finalidad, fuera de estar ahí por Dios. No hacéis nada especialmente útil. Pero este vacío es un espacio sagrado en el que Dios pone su tienda y donde nosotros vislumbramos su gloria.

Y lo hacéis como monjas de la Orden de Predicadores. La Iglesia hace un llamamiento a las contemplativas de familias religiosas diferentes a que vivan de la riqueza de su propia tradición y carisma benedictino, carmelita, franciscano o dominicano que «constituyen una espléndida colección de variedad». ¿Qué significa que un monasterio sea dominicano? Compartiré lo que he aprendido de vosotras, considerando cómo vuestras vidas están marcadas por la Misión de la Orden, por la vida comunitaria dominicana, por la búsqueda de la Verdad, y por la pertenencia a la Orden entera.

1.- Cf. T. RADCLIFFE, *Una vida contemplativa*, en "Alabar, Bendecir, Predicar. Palabras de Gracia y Verdad (1962-2001)", San Esteban, Salamanca, 2004, pp. 513-516